

CORRESPONDENCIA

México, D. F., agosto 27, 1964

Señor don Jaime García Terrés.
Revista de la Universidad de México.
Ciudad Universitaria.
Torre de la Rectoría, 10º piso.
México 20, D. F.

Señor Director:

Me perdonará usted si, lector intermitente de ella, he visto tardíamente el artículo de don Octavio Paz sobre el poeta español Luis Cernuda, aparecido en el número de julio de la Revista de la Universidad de México. Hay en él —¡quién lo creyera, tan distante yo de todo ejercicio poético!— una alusión a mí, cuya respuesta desearía ver publicada en la Revista, confiado en la práctica periodística tradicional de que la acusación da derecho a la defensa.

En la nota número 3, al final del artículo, don Octavio Paz dice lo siguiente: "En sus tratos con gente e instituciones de su lengua, Cernuda no tuvo suerte. En México, país al que amó, . . . El Colegio de México, o más bien Alfonso Reyes, le dio una beca que le permitió escribir sus estudios sobre poesía española contemporánea; a la muerte de Reyes, el nuevo director lo despidió, sin mucha ceremonia."

El párrafo transcrito debe llamar la atención por varios motivos. El primero es la coma innecesaria entre las palabras "despidió" y "sin". El segundo es cómo un hecho tan insignificante así ha podido deslizarse en un largo y laborioso ensayo de crítica literaria que, por añadidura, lleva el título de "La palabra edificante", pues el chisme nada tiene de edificante, como palabra o como hecho. En tercer lugar, llama la atención que don Octavio Paz, que en su vida diplomática es, como todo el mundo lo sabe, marcadamente indiscreto, resulta discretísimo en sus acusaciones "literarias" (llamémoslas así piadosamente). A Daniel Cosío Villegas no lo llama por su nombre, sino "el nuevo director", y líneas antes, en esa misma nota, omite el nombre de don Wenceslao Rocés para llamarlo "nada menos que el traductor de Marx". (La discreción sube aquí de punto, pues es imposible suponer que una persona tan culta como don Octavio ignore que Rocés no es el único traductor al español que Marx ha tenido. Así, hay que torturarse un poco la cabeza para dar con el aludido.) En cuarto lugar, el párrafo de marras es notable porque siendo falsa de toda falsedad la acusación que encierra, no puede uno evitar la pregunta de por qué Octavio Paz la hizo.

De ella, un hecho único es cierto: don Alfonso Reyes, presidente entonces de El Colegio de México, resolvió darle a Luis Cernuda un pequeño auxilio económico que lo ayudara a continuar su obra creadora y sus estudios literarios; pero es del todo inexacto que yo, primero como director y después como presidente, o ninguna otra autoridad de El Colegio de México, haya retirado esa ayuda. En los archivos de esta institución figura una carta de Cernuda, del 6 de agosto de 1961, donde comunica a don Luis Muro, secretario del Colegio, que abandonará

México en septiembre para ir a Estados Unidos como profesor visitante de una universidad que no nombra. Por esta razón, puede verse en las nóminas de El Colegio que el último pago que se le hizo al señor Cernuda fue el 30 de agosto de ese mismo año.

Su resolución de ausentarse del país fue, pues, la razón por la cual se suspendió el pago. Es más: El Colegio entendió que se reanudaría cuando el señor Cernuda notificara al Colegio su regreso (como lo hizo en el caso de su ausencia). Es un hecho que El Colegio no recibió esa notificación, directa o indirectamente, de viva voz o por escrito. Sus amigos me han dado una explicación de este hecho: por una parte, Cernuda fue invitado a convertirse en profesor permanente de la Universidad de California, y, en consecuencia, consideró como transitoria su nueva residencia en México; por otra parte, trajo de sus dos primeros viajes como profesor visitante ahorros suficientes para sostenerse con ellos. En esa situación lo sorprendió la muerte.

Queda la tarea de aclarar por qué don Octavio Paz ha cometido este error. En primer lugar, claro, por su absoluta irresponsabilidad. Luego, la confianza de que si uno es suficientemente discreto para aludir a una persona sin nombrarla, la acusación no será rectificadora y producirá su efecto venenoso. En seguida está la vanidad patológica de Octavio Paz: no sólo se considera a sí mismo el más excelente poeta y el más profundo ensayista del orbe, sino que en este ensayo se pinta como el único hombre de la tierra que supo entender y apreciar a Luis Cernuda. Para ello, hay que hacer pasar como

villanos no sólo a Rocés y a mí, sino a la Universidad Nacional y al Colegio de México y a todas las personas e instituciones de habla española.

Pero hay una tercera razón más concreta que explica esta *gaffe* de don Octavio. Su naturaleza es tal, sin embargo, que si yo fuera él, me pondría inmediatamente en manos de un psiquiatra, pues Paz "proyectó" en don Luis Cernuda una experiencia personal suya.

En efecto, Octavio Paz venía recibiendo desde 1954 una "beca" del Colegio de México de seiscientos pesos mensuales. No era la única, y por no serlo, precisamente, cuatro años más tarde, al entrar yo de director, le propuse a Alfonso Reyes, todavía presidente, que se cancelaran. Dos razones le di: primera, El Colegio era una institución pobre, carente de los recursos mínimos para el trabajo que hacía él mismo, de modo que resultaba aun ridículo que se pusiera en la posición de gran dispensador de dádivas; segunda, en muchos casos esas becas ni siquiera resultaban necesarias a los beneficiarios. Éste era precisamente el caso de Octavio Paz: con ingresos mensuales de unos diez mil pesos, los seiscientos del Colegio apenas podían cubrir su cuenta de cigarrillos. Por eso, con conocimiento y autorización del presidente, "el nuevo director" le canceló su beca el 7 de noviembre de 1958, si bien lo hizo con toda la ceremonia debida a tan distinguido poeta y ensayista, como lo demuestra la carta suya, del 1º de ese mes y año, donde me reitera "mi más cordial y profunda estimación intelectual y personal".

Ahora veo que tiene todavía presente la aventura, sólo que ha acabado por creer que el despedido fue Cernuda.

Con mi agradecimiento anticipado, señor Director, quedo siempre suyo.

Daniel Cosío Villegas
Apartado Postal 2123,
México 1, D. F.

Respuesta de Octavio Paz

1) Profeso estimación a Daniel Cosío Villegas: el historiador, el ensayista, el fundador y animador de instituciones culturales. Lo mismo digo del doctor Wenceslao Rocés: el profesor universitario, el traductor de Marx. (Escribo *el* y no un traductor: ¿qué mayor elogio?) De ahí que, por un sentimiento parecido a la delicadeza, haya omitido sus nombres en mi artículo sobre Luis Cernuda. No quise "atacarlos" ni "delatarlos"; me propuse ilustrar con dos ejemplos la actitud de los *intelectuales* ante los *artistas* (en este caso el poeta Cernuda).

2) Por lo visto Cernuda no fue despedido de El Colegio de México. Me alegra saberlo. Mis noticias eran otras y uno de mis informantes fue el mismo Cernuda. Como el poeta muerto era todo menos un mentiroso (y como tampoco lo es el señor Cosío Villegas) no hay más remedio que atribuir el incidente a un equívoco: Cernuda creyó que con frías y correctas maneras burocráticas, se le quería despedir y se alejó voluntariamente. La actitud del Director debe haber contribuido a esa impresión del poeta. No es un misterio que el señor Cosío Villegas, por afectación anglicista o inclinación natural, es un témpano en el trato con sus semejantes y que ha hecho de la impertinencia y el desdén, ya que no un

estilo, un hábito. Cernuda tenía fama de susceptible; Cosío Villegas la tiene de intratable: todo se explica.

3) Ciertamente, tuve una beca de El Colegio de México. Durante ese tiempo, y gracias en parte a la beca, escribí y publiqué varios libros: ni más (ni menos) que la mayoría de los becarios. Dejé El Colegio con la conciencia tranquila y en buenos términos con *todos* sus dirigentes. Me asombra que el señor Cosío Villegas pretenda conocer mis ingresos y egresos de aquellos años, sin excluir lo que gastaba en cigarrillos. (Por desgracia: exagera.) Pienso que semejante celo podría utilizarse con mayor provecho en la Dirección de Impuestos, por ejemplo, en alguna sección de investigación sobre los ingresos personales. Allí encontraría buen empleo la doble vocación (Catón y Torquemada), del señor Cosío Villegas.

4) A pesar de su crítica de los extremos y extremismos hispanoamericanos, el señor Cosío Villegas es un hombre desmesurado. Esa índole extremosa lo ha llevado a acometer grandes y desinteresadas empresas; pero tiene el defecto de poner la misma pasión descomunal en las cosas pequeñas. Su carta es un ejemplo de cómo la pequeñez también puede ser desmesurada.

Octavio Paz